

## Bello, Luis (2024). *El tributo a París*, edición de José Miguel González Soriano, Madrid, Evohé (Col. El Periscopio, 14), 170 pp. ISBN: 9788412675467.

Miguel Ángel Buil Pueyo  
Universidad Complutense de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/dice.106102>

Recién aparecido *El tributo a París* (1907), primer libro de Luis Bello (1872-1935), exclamaba el notable crítico Bernardo G. de Candamo: “¡París! Este solo nombre es un pasmoso sugeridor de evocaciones”. En un momento en el que era la ciudad cosmopolita por excelencia, muchos fueron los que, con sus impresiones de estancia y de paso, recuerdos, notas y ambientes saldaron sus cuentas con “La Ciudad de la Luz”, pagando su literario tributo; y es que por la capital francesa pasaron corresponsales de prensa, artistas de todas las disciplinas, expatriados y perseguidos de numerosas nacionalidades, emigrantes forzosos, diplomáticos, hombres de negocios, bohemios y un largo etcétera de viajeros, al ser entonces la capital universal. Así, al leer *El tributo a París* nos ha sido imposible no recordar aquel testimonio de Santiago Rusiñol, con dibujos de su inseparable compañero Ramón Casas. En efecto, en *Desde el Molino* (1894), libro también reeditado hace unos años en edición facsímil, se recogieron las crónicas que anteriormente habían sido enviadas puntualmente desde París al director del diario *La Vanguardia*. Sus páginas, en clave verista, sirvieron para popularizar una faceta de la vida parisina finisecular, la relacionada con la bohemia a la sombra del famoso molino (de La Galette) en lo alto de Montmartre.

Salvo error por nuestra parte, el artículo “Periodismo literario en la Edad de Plata: Luis Bello (1872-1935)”, publicado en el volumen colectivo *La otra Edad de Plata. Temas, géneros y creadores (1898-1936)* (ed. de Ángela Ena, Madrid, Editorial Complutense, 2013), fue la primera incursión de José Miguel González Soriano (UCM), responsable de esta edición crítica que comentamos, en la obra de este interesante y olvidado personaje, exquisito y culto periodista, literato y político. Vendrían después la edición de *Una mina de oro en la Puerta del Sol y otras dos novelas cortas* (Renacimiento, 2015) que recoge, además del relato breve que da título al volumen, las novelas *Historia cómica de un pez chico* y *El corazón de Jesús*; y la monografía *Luis Bello. Cronista de la Edad de Plata (1872-1935)*, publicada en 2017 por la Diputación de Salamanca –Bello había nacido en la localidad salmantina de Alba de Tormes–, un completo estudio bio-bibliográfico fruto de su tesis doctoral.

Luis Bello ocuparía uno de los primeros puestos en el periodismo nacional, como se evidencia tras la lectura del estudio introductorio llevado a cabo por González Soriano. Su compromiso político le llevó a ser proclamado diputado “cunero” por Arzúa (La Coruña) en 1916; lo fue luego por Madrid y cuando falleció lo era por Lérida por el partido de Azaña Acción Republicana. En 1932 había sido un gran defensor del Estatuto catalán, cuya Comisión presidió y que no pocos disgustos le ocasionó.

Si con *El tributo a París* (1907) el escritor Alberto Insúa inauguraba, bajo los auspicios del editor Pérez Villavicencio, la “Biblioteca Nueva de Escritores Españoles”, donde tenían cabida el libro de viajes, pero también el filosófico y el novelesco, *Viaje por las escuelas de España* (1926-1929), en cuatro volúmenes, otro título emblemático de Bello y que tanta popularidad le diera, conmocionaría y conmovería a toda España, al incidir, sin tergiversaciones, sobre la deplorable situación escolar española. Como él mismo escribiera: “Aquí están pintadas nuestras escuelas tal como las veo, y no por gusto del aguafuerte con tintas sombrías, sino por el propósito de interesar a todos en que acabe de una vez esta gran miseria”.

En *El tributo a París*, selección de artículos de tema francés que habían aparecido previamente en prensa en la revista *España* y en el diario *El Imparcial*, su autor despliega en seis apartados un mosaico de estampas parisinas, con una escapada a Bélgica; estampas que unas veces son trágicas, otras angustiosas, otras humorísticas, otras solemnes. Como nos explica González Soriano:

A la hora de agrupar los textos, con el objeto de conseguir una mayor unidad temática –atemporal– entre los mismos, Bello suprimirá todas aquellas referencias personales, informativas, que sobre la actualidad inmediata originariamente contenían y que evidenciaban su condición inicial de crónicas o impresiones escritas para la hoja diaria, logrando así sobrevivir, mediante las consideraciones de carácter general contenidas, a las circunstancias puntuales que motivaron aquellas páginas. En algunos casos, las modificaciones se deberán a correcciones meramente estilísticas [...] Otras veces,

la alteración es mucho más profunda, como cuando Bello refunde dos o más artículos publicados en prensa extrayendo una parte de los mismos, y convirtiéndolos en un único texto para el libro.

La aparición en los primeros años del siglo pasado de la primera edición fue muy bien acogida y las numerosas reseñas que le sucedieron, muy favorables, incidían en sus dotes de pensador, poeta, crítico y viajero observador –sus breves apuntes, llegó a escribir uno de ellos, logran “estudios acabados y hondos de psicología colectiva”. El propio escritor dice que se complace “primero en dar a la gran ciudad y a la tierra francesa las cualidades que echábamos de menos en nuestra propia tierra, apoyándonos luego en sus defectos para afirmar el españolismo”. Resaltaron los críticos su pluma impecable, su psicología comparativa, al hablar de lo extraño con relación a lo propio, su poder evocador, sin afectación, la imparcialidad que lo inspiraba, su concisión. Luis Bello, en definitiva, honró al periodismo del momento que le tocó vivir.

Es este –como advirtiera el crítico mencionado al principio– un libro educador. Son educadores todos o casi todos los libros de viajes. Estimulan a la vida, a la acción; ponen ellos en nuestro espíritu un deseo de huir, de quebrantar esta igualdad de la existencia diaria [...] Son libros salvadores, porque nos hacen sentir que aún hay en nosotros saludable tendencia a libertarnos.

Quien se acerque a estas páginas tendrá preferencia por unas u otras de las crónicas que aquí se recogen. Por su sugestión y por sus derivaciones, nosotros traemos tres, ¡y cuántas más pudiéramos aportar, de entre las cuarenta y cinco que contiene el libro, si tuviéramos espacio! La primera surgió leyendo “La siesta del Bulevar”, artículo costumbrista que tan gran tedio existencial, *spleen*, destila –su coetáneo, Jean de La Ville de Mirmont, fallecido a edad temprana en la I Guerra Mundial, es el autor de la novela *Los domingos de Jean Dézert*, cuyo protagonista tenía una gran virtud: la de saber esperar la llegada del domingo, que era su vida entera–. La segunda, la hemos encontrado en su viaje a Bélgica, país al que dedica varios artículos. Luis Bello nos descubre en uno de ellos un pintor y escultor de esta nacionalidad, Constantin Meunier (1831-1905), en cuya producción pictórica abundan los altos hornos, y tanta relevancia cobra la arquitectura industrial y la dureza de la vida de los mineros, su fuente de inspiración; algunos de cuyos cuadros parecen salidos de la mano de su compatriota, identificado con los movimientos artísticos del Fin de Siglo, Théo van Rysselberghe, o del español Darío de Regoyos, quien en una época de su vida también recalaría, por cierto, en Bélgica –gran guitarrista, Meunier le retrataría tocando este instrumento–, y cuyos dibujos acompañarían *Viaje a la España negra*, del poeta belga Émile Verhaeren. La tercera y última sugestión que nos ha llegado está relacionada con Sidonie-Gabrielle Colette (1873-1954), “Colette Willy” –la empresa novelesca de su primer marido, Henry Gauthier-Villars, llevaba el nombre de “Willy”, y de ahí la razón de ser de que ella firmara sus obras en algún momento, antes de su divorcio de él, con la rúbrica y el patronímico de “Willy”–, que cobra protagonismo en el capítulo “La moral y el *Moulin Rouge*”. Su gran talento y éxito (de ventas) de sus novelas, por su atinada radiografía de la sociedad, pero también por su atrevida y transgresora temática, con mucha carga erótica, llevaron desde un principio al convencimiento de que la paternidad literaria de “Willy” (*El tributo a París* reproduce una carta suya dirigida a Luis Bello), a quien se consideraba el creador de la tetralogía de las Claudinas (*Claudina en la escuela*, *Claudina en París*, *Claudina casada* y *Claudina desaparece*), quedara en entredicho, como terminaría confesando el propio “Willy”.

Por último, no podemos sino felicitarnos de la cuidada presentación llevada a cabo por Ediciones Evohé, cuya colección “El Periscopio” sigue creciendo y que ha vuelto a emerger, al avistar la posibilidad de reeditar, como así ha sucedido, *El tributo a París*, y que, con toda seguridad, le hubieran hecho repetir, *mutatis mutandis*, a Emiliano Ramírez Ángel estas palabras que acompañaron su reseña a la salida de la primera edición:

Los que no nos curamos de la manía de que nos digan bellas cosas en bellas palabras, no podemos permanecer impasibles ante el esfuerzo de un editor que nos ofrenda buenas obras en buenas ediciones. Es como la risa [...] que enmarca unos dientes limpios; y también como el agua fresca, consuelo de la sed, brindada en una copa de sutil fabricación.